

GORGONA PULP EDICIONES



PRESENTA...



**LA VELA, EL ENTIERRO
Y OTROS RELATOS A LOS QUE NADIE HA
PEDIDO SU OPINIÓN**

POR JUAN ÁNGEL LAGUNA EDROSO

La vela, El entierro y otros relatos a los que nadie ha pedido su opinión

Colección Fantasmagorías, vol.1

Segunda edición: julio 2016

Código: 9785400038635050091

Autor: Juan Ángel Laguna Edroso

Ilustración de portada: Melancolía, de Hendrick ter Brugghen

Maquetación y diseño: Kachi Edroso

Corrección de estilo: Elías Fosco

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Gorgona Pulp Ediciones

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A José Ignacio Becerril Polo -Nachob-
que fue el primero con quien hablé de recopilar una antología

A mi hermano Michel,
que fue el primero en sufrir la lectura de mis relatos

PREFACIO

Desde el mismo momento en que empecé a escribir de un modo sistemático, tuve la necesidad de agrupar mis historias cortas por temáticas y afinidades en una suerte de antologías personales y secretas. Conceptos como *Lluvia por lágrimas*, que recogía mis narraciones de niños y fantasmas, quizás el germen de **Pesadillas de un niño que no duerme**, o *Reflexiones de lo macabro*, que incluía cuentos de corte más adulto, al menos en la elección de personajes, y claramente escorados hacia el terror puro, eran tanto nombres de carpetas donde localizar con facilidad mis escritos como primeras reflexiones y someros estudios sobre mi propio trabajo como autor.

Con el paso del tiempo, al sobrepasar el medio centenar de relatos escritos, prescindí por completo de estas denominaciones: no me eran útiles como brújula y, además, cada vez me resultaba más difícil encorsetar en ellas los cuentos que iba terminando. Las carpetas se multiplicaban y los nombres me resultaban más y más crípticos, menos evidentes las relaciones entre unas y otras historias.

Años después, sin embargo, al constatar que iba adquiriendo un estilo narrativo propio y que mi producción empezaba a ser considerable, así como a disfrutar de cierta acogida entre editores y lectores, sentí de nuevo el impulso de recopilar algunas historias para probar fortuna con los nuevos sistemas de publicación bajo demanda. Aunque la posibilidad de encontrar una editorial tradicional interesada en un material tan preciso me pareciera remota, la experiencia con **El desván de los cuervos solitarios** me incitaba a explorar esas vías alternativas. Estaba convencido de que se po-

día recopilar un libro lo suficientemente interesante como para justificar el trabajo de hacerlo en condiciones.

Al final, sin embargo, después de haber hablado bastante del tema con José Ignacio Becerril Polo -Nachob-, e incluso de haber valorado ciertos relatos para su inclusión en el hipotético libro, el proyecto fue abandonado y, poco a poco, olvidado. Como bien me señaló Nachob, era prematuro pretender hacer una panorámica de mi obra cuando todavía estaba poniendo los cimientos de la misma. A veces, supongo que en demasiadas ocasiones, de hecho, a los escritores nos pierde la impaciencia.

En cualquier caso, de aquella primera intentona quedaron dos bases sobre las que enfrentarme a día de hoy a la elaboración de este volumen. La primera, el propio título, ese guiño a nuestras sugerentes expresiones populares, entre macabras y juguetonas, que tanto me han fascinado desde niño. La segunda, los consejos y apreciaciones de Nachob sobre buena parte de los relatos que componen **La vela, el entierro y otros relatos a los que nadie ha pedido su opinión**.

Ha llovido bastante desde aquel primer acercamiento. Son ya más de trescientas las historias cortas que he escrito, lo cual, sin duda, ya facilita encontrar las suficientes para honrar el hilo conductor. También la experiencia de confeccionar mi primera antología personal en solitario con 23 Escalones me ha permitido abordar la tarea con más maña y visión de conjunto: montar una antología no es —o no debería ser— juntar relatos sin ton ni son para llegar a cierta extensión. Los premios literarios y menciones varias, por su parte, alimentan esa esperanza que tenemos todos los autores de que lo que escribimos merezca la pena ser compartido. Al final, son los lectores los que juzgan.

En este libro encontraréis trece historias que tienen como eje común el horror. Algunas serán más inquietantes que

propriadamente aterradoras, pero encajan bien en lo que Miguel Puente bautizó, sin saber dónde se metía, como género fosco.

La mayoría son más bien viejas; algunas datan, de hecho, de hace diez años. No obstante, todas ellas han sido revisadas y, en algunos casos, reescritas casi en su totalidad, en la medida que el genio creativo, siempre caprichoso, me ha permitido sin privarlas de su sentido primigenio.

Tengo la impresión de que forman un corpus sólido de inquietudes y que, al mismo tiempo, son engranajes –mohosos, cubiertos de telarañas, bañados en polvo– que hacen girar un universo coherente algo alejado de ese *timburtoniano* que se me ha achacado con más frecuencia y más próximo a esas hondas hue llas decimonónicas que siempre se han percibido en mi trabajo. Si *Lluvia por lágrimas* dio a luz **Pesadillas de un niño que no duerme**, esta obra es hija, sin duda, de *Reflexiones de lo macabro*, aunque comparta paternidad con *Espejo victoriano*.

La muerte, la locura, la desesperación y la fascinación por escenarios elegantes que se ven quebrados por lo irracional son los elementos que articulan estos relatos. Si un buen amigo veía en **El niño que bailaba bajo la luna** ecos de Poe y Le Fanu, aquí podréis encontrar una orquesta demencial que intenta interpretar las melodías de Stevenson, Stoker o M.R. James, siempre a su particular manera, dando un protagonismo a la prosa que, tengo la impresión, se ha ido perdiendo en buena parte de nuestros autores junto con el gusto por los castillos góticos y los laberintos victorianos.

En cualquier caso, os susciten estas u otras sensaciones, espero que la lectura os resulte grata. La experiencia, por mi parte, me ha resultado interesante y confío en que me ayude a ser mejor escritor. Os agradezco, finalmente, que os hayáis prestado a formar parte de ella.

Juan Ángel Laguna Edroso
En Metz, a 15 de diciembre del 2012

LA VELA

Veó la vela como la promesa de las cosas que pudieron ser y no fueron. Veó la vela como la vida que se consume. Contemplo sus lágrimas sobre el verde vidrio de las pasiones terminadas, del cáliz apurado. Sufro con su luz que realza las sombras.

Estas visiones me causan una extraña sensación de calma, como de resaca en medio de la tempestad; mas pronto deviene aprensión y zozobra, pues leo en sus entrañas que es la paz de la muerte.

«¿Y qué esperabas encontrar en este lugar si no su frío hálito?»

No era a ti a quien buscaba en el abandono de la absenta; y no es que me extrañe encontrarte a mi lado: siempre te has mostrado muy cercana cuando se han dado mis tropiezos.

«Más bien resbalón es este en que te encuentras...»

Tus ironías me laceran los oídos.

«No tanto como el aire viciado de este lugar. Sin embargo, a él nada puedes gritarle, y tal vez a mí no debieras tampoco. ¿No notas acaso el ardor que esta polvorienta atmósfera prende en tu garganta?»

Entre toses de tísico, inseguro como un niño de pecho, recorrió la estancia con las manos. No se atrevió a tomar la vela de la lápida para escudriñar en los oscuros y reducidos límites del habitáculo. Una tenue silueta gris pareció dibujarse ante sus ojos, en el lado opuesto. Aquello fue suficiente para detener su deambular; sentado, tendió su espalda contra el muro.

«No parece ahora tan sugerente la idea de perturbar el descanso de los muertos.»

Se recordó a sí mismo saltando la tapia del cementerio entre risas que quedaron ahogadas en la quietud del fosal, a sus amigos como cuervos en las sombras, jirones de gabanes y sonrisas esperpénticas.

«Parece más bien estúpida.»

Correteaban entre las tumbas robando las flores frescas y esparciendo las marchitas en irreverente lluvia, jugando a los aquejarres, a emular los ritos paganos de vida y muerte. Habían danzado y jurado y reído y declamado poemas sin sentido hasta llegar a aquel sepulcro coronado por una losa ladeada.

«Quizá es que ahora te sientes más próximo a tus anfitriones.»

¿Cómo pudo haber perdido pie? ¿Cómo no se dieron cuenta de cuán pesada era en realidad aquella losa?

«Tus compinches deben de andar ya muy lejos.»

Qué horrible delirio el de la absenta. Cuán mordaz y envolvente su locura.

«Jamás te encontrarán, y bien sabes que es más fácil acallar la conciencia que las lenguas de los que acusan a los profanadores de sepulcros.»

No es sencillo mantenerte a ti en silencio.

«Vuelo con las alas que me diste.»

Con la frente perlada en sudor, contemplaba las gotas rojas de cera en el vidrio de la botella. Pensamientos sanguinolentos danzaban ante sus ojos velados y se condensaban en la silueta allende las sombras.

«No se hicieron estos nichos para los vivos. El propio calor de sus cuerpos los convierte en hornos que recuerdan al Infierno.»

Carraspeó en un intento por deshacerse del denso espectro del alcohol y del tabaco que, cruel, atenazaba su garganta.

«O tal vez sea la llama de la vela la que te oprime con su calor. Podría ser y, sin embargo, no creo que quieras apagarla ¿Recuerdas tu respiración entrecortada cuando la prendiste, la angustia que había anidado en tu pecho al verte envuelto en la negritud de la fosa? ¡Qué magnífico regalo te ha brindado quien la olvidase! Un familiar del difunto...»

Calla.

«...cuyo descanso eterno...»

¡Calla!

«...has profanado.»

¡¡Calla!!

El grito resonó con fuerza en el estanco compartimento, apenas un crujido en el mundo exterior. Los oídos del cautivo, resentidos, se llenaron de un pandemonio de reverberaciones que asemejaba el clamor de una multitud enfurecida, de sus increpaciones en una lengua extraña.

Al fin, silencio.

Después, la voz.

«No es mala elección como último reloj.»

Un gemido.

«Su luz desaparecerá con la última brizna de oxígeno, con tu último suspiro.»

Un sollozo.

«¡Qué mecanismo más preciso! ¡Qué elegancia encerrarán sus últimos compases!»

Otro.

«Además, a nadie le gusta estar sin luz en un cementerio.»

El llanto.

«Claro, que siempre podrías quedarte dormido antes, el dulce abrazo del sueño como prelude del beso de la muerte.»

Basta ya, por Dios, ten piedad y acalla tu voz.

«No soy yo quien otorga la piedad en este duelo. Soy yo quien ruega por ella.»

¡Silencio!, se abalanzó gritando sobre la esquina en penumbra.

«¿Acaso no sabes que soy solo un eco, que eres tú quien ha tejido las palabras?» replicó la voz que al fin conocía como suya.

Vencido por su propia alucinación, se recostó de nuevo contra la pared e intentó recuperar las riendas de su respiración, las llaves de su pecho. Sus ojos, desorbitados, seguían fijos en la vela.

Su mano palpó la camisa en busca del corazón, de un batir que negara, según las normas de los vivos, que el fin había llegado. Sus dedos, sin embargo, erraron el camino y repiquetearon sobre la tapa de la pitillera. Reavivada por este viejo aliado, la voz llenó de nuevo el sepulcro.

«¿No prendes un último cigarro? ¿No anhelas su humo acre en tus pulmones? ¿No resarcirás el insulto a su hermano, pisoteado al comprender el valorpreciado del aire? Ya sabías antes de caer al hoyo que te restaba vida su brasa, ¿vale más ahora ese minuto por ser el último?»

Silencio.

«¿Acaso te dará menor placer que la vela? También ella consume tu tiempo y parejo servicio te presta.»

Silencio.

«No es cierto: ella te acompaña. Ella es tu reloj. Ella es tu tiempo. Es tu vida que se consume, y que sabes que no apurará la mecha. Es demasiado brillante para el comburente.»

Los ojos fijos, húmedos de lágrimas, paralizados en el silencio.

A la espera.

En una negra estela de hollín desapareció la llama de la vela. La oscuridad se hizo, aunque tan solo fuera para desvanecerse al instante. Horrorizado, el cautivo despertó al sentir el abrazo de las sombras, la somnolencia por la falta de oxígeno, la cabezada que traiciona a las últimas fuerzas. Por sus pupilas entró de nuevo la luz.

La luz maligna de la vela, que aun a medias consumida puede hablar de la pesadilla, del fin, con voces que no se oyen y que no son escuchadas.

EL ENTIERRO

El siglo XIX trajo consigo una intensa luz que barrería las sombras de la superstición y la barbarie. Pero, como todas las luces, creó rincones de sombra

Misión de Saint Sulpice

Indias Orientales

Año de nuestro señor de 1.813

No negaré, pues este diario fue iniciado para consignar la realidad de mi misión, y no fábulas que agraden a los oídos necios, que mi llegada a Saint Sulpice ha sido dura y decepcionante a partes iguales. La que figura como misión en los anales de nuestra orden no es más que una aldehuela sucia y descuidada por la que vagan impúdicos salvajes desnudos.

El padre Agustino, a quien tomo el relevo de la congregación, es un viejo nervioso y pusilánime que no ha conseguido transmitir la energía que requieren estas infantiles criaturas. En vez de utilizar su autoridad para construir una iglesia decente con la que sustituir la choza infecta que se utiliza ahora, se ha dejado embaucar por los cuentos de sus lugareños. No hay cultivos, no hay canalizaciones de agua, no hay mejora alguna. El único signo de la llegada del Cristo a estas tierras es una basta cruz de madera, en la que suelen encaramarse los monos sin que a nadie le importe tal irreverencia, y los dos novicios que asistían al viejo padre Agustino, dos salvajes que, al menos, hablan con ingenio, si bien no con corrección, un *patois* bastante similar al francés de las Antillas.

Del propio padre Agustino solo he recibido un único consejo, desconfiar de los monos, y una recomendación que, por supuesto, desoiré: no inhumar a los muertos, sino continuar incinerándolos. Reconozco que he sentido un gran alivio al embarcar al viejo misionero rumbo a Manila. Espero que las hermanas de la Compañía de María puedan dar reposo a su perturbado espíritu.

François cerró, algo abatido, el diario en el que iba consignando su labor misionera. Sí, ciertamente Dios le ponía a prueba con aquel nuevo destino. El religioso frisaba ya los cuarenta años y veía sus fuerzas menguar. A largo término, sabía que terminaría como el propio padre Agustino, reducido por las fiebres y la tensión a un vulgar viejo supersticioso. Al darse cuenta de su dureza, se santiguó por el poco pío pensamiento y se levantó dispuesto a emprender con energía su trabajo.

Lo primero, pensó echando un vistazo al irregular conjunto de chozas embarradas que lo circundaban, sería la iglesia. Pero no el edificio en sí, sino mostrar con un gesto que la llegada del Señor había sido efectiva. Aquellos salvajes necesitaban un punto de referencia a partir del cual construir su futuro. Y ese no sería una cruz que sirviese de palo de gallinero a los monos. Un oficio solemne sería un comienzo mucho más efectivo.

Era por ello que, apenas había despedido al padre Agustino, François había encomendado a sus novicios construir una cerca alrededor de la cruz. Aquello no impediría a los monos llegar hasta ella, pero demarcaría el recinto sacro, un recinto que se cimentaría sobre lo más sagrado: las tumbas de los primeros conversos. Tomando la idea de las viejas catedrales europeas, enlosadas con las lápidas de los obispos investidos a lo largo de una tradición de siglos y siglos, había concebido aquel ingenioso plan. Por un lado le permitiría desterrar aquella bárbara tradición de incinerar los cuerpos para que los “demonios del bosque” pudieran llevarse a los espíritus convertidos en humo; por otro lado, daría unos impactantes cimientos al templo, el cual sería su segundo objetivo.

Desde su improvisado escritorio, que no era otra cosa que una caja con enseres que había traído de su anterior destino, llamó a uno de los novicios, quiénes ya terminaban de levantar la cerca del recinto con cañas de bambú.

—Domingo —le dijo al salvaje—, esta tarde enterraremos al hombre que murió ayer en la jungla. Será una gran ceremonia, y tú y Santiago vestiréis túnicas blancas. Ahora tenéis que hacer una zanja bajo la cruz.

El joven indígena asintió durante la perorata del misionero, pero, cuando terminó esta, replicó, para su sorpresa:

—No zanja.

—Domingo —volvió a decirle François en el tono conciliador que se usa con un niño poco despierto—, esta tarde oficiaremos el enterramiento bajo la cruz. Por eso necesito que hagas una zanja.

—No zanja —insistió el joven con obstinación. Luego hizo gestos como si arañara algo para completar su explicación—: Monos tomar muerto.

Monos del Diablo, pensó el misionero, *tal vez el padre Agustino no andaba tan desencaminado.*

¿Qué podría hacer para evitar que los monos desenterraran el cadáver? Sería muy perturbador para toda la congregación si algo así ocurría, y sabía que los monos eran muy capaces de llevar a cabo tan macabra empresa. Si algo tenían aquellas bestias, era determinación.

—Usaremos piedras —indicó magnánimo retomando la idea de las catedrales europeas—. Cubriremos los cuerpos con losas y piedras. Dile a Santiago que te ayude a traer piedras de la jungla.

Domingo le dedicó una gran sonrisa y después, entre risitas, comunicó al otro novicio la determinación del misionero. Este los observó reírse entre dientes, pero, aunque no entendía por qué lo hacían, decidió no darle importancia.

La tarde discurrió pesada, húmeda. La inspección del resto de la aldea no mejoró el humor de François. Los indígenas se habían contentado durante generaciones con vivir de lo que daban los árboles frutales y el propio río, en el que pescaban, desnudos, valiéndose de largas lanzas bifurcadas. No eran gentes industriales ni trabajadoras, sino una cuadrilla de haraganes. Un pensamiento lo asaltó varias veces durante esa jornada: los omnipresentes simios que compartían el territorio con la tribu parecían mucho más despiertos y emprendedores que los propios hombres. Sí, se dijo, Dios le ponía a prueba.

Cuando ya iba a caer la noche, tras inspeccionar el montón de piedras negras que habían recolectado Domingo y Santiago,

François volvió a la choza que había alojado al viejo padre Agustino y se vistió con la ornamentada sotana prevista para oficios solemnes. Luego fue el turno de sus novicios, que lo asistirían durante la ceremonia ataviados con casullas blancas. Estos parecían inquietos y no dejaban de reírse entre dientes, lo que le resultaba francamente molesto. Al final, los amonestó con dureza antes de salir a officiar. Después de todo, era importante dar una buena impresión a los aldeanos.

Como había previsto, su reprimenda caló hondo en los pueriles espíritus de los indígenas y estos se mantuvieron tranquilos durante toda la ceremonia, la cual, por otro lado, tampoco fue todo lo solemne que el misionero hubiera querido. Entre la desordenada multitud que lo observaba curiosa, conteniendo la risa y meneando la cabeza con escepticismo, se veían numerosos monos. En un contraste que no dejaba de resultar paradójico, estos observaban con gran seriedad, muy quietos, las evoluciones del sacerdote.

Terminado el oficio, que François tampoco quiso prolongar demasiado a causa del calor y los cada vez más numerosos mosquitos, los tres religiosos cubrieron el cuerpo del difunto con las rocas traídas de la jungla. Algunas eran pesadas y su manejo resultaba aparatoso, por lo que la solemnidad del momento terminó de diluirse. Por otro lado, se dijo el misionero, los comienzos siempre eran difíciles y, además, la base creada con aquel sepulcro sería un sólido pilar para la iglesia que pensaba erigir en honor del Altísimo.

Por fin, tras una plegaria a la que los indígenas no prestaron mucha atención, la comitiva se dispersó para pasar la noche. François, algo irritado, y en parte intrigado, llamó a Domingo a su lado.

—Dime, Domingo, ¿por qué los hombres de la aldea movían la cabeza de aquel modo cuando oficiábamos? —le preguntó en relación al gesto escéptico que tanto se había repetido durante el sepelio.

—Piensan en monos —dijo el muchacho al tiempo que señalaba a los simios que todavía aguardaban, sentados, en torno a la cerca,

para reafirmar su torpe explicación—. Monos no gustan hombres enterrados —añadió repitiendo el gesto de arañar.

—Los monos no moverán las losas: son demasiado pesadas para ellos —replicó el misionero, irritado, antes de retirarse, sin más saludo, a su choza.

Todavía le ardían los brazos del esfuerzo físico y no tenía ninguna intención de retrasar su bien merecido descanso con una absurda discusión sobre aquellas alimañas.

El calor aquella noche era opresivo. La gran humedad ambiental hacía difícil respirar y, por tanto, conciliar un sueño reparador. Conocedor del clima de los trópicos, François decidió dormir en el camastro de cañas trenzadas del viejo padre Agustino. Sabía que en su hamaca, aunque estaría más resguardado de víboras e insectos, se sentiría agobiado por el calor.

François era un hombre con tendencia a sofocarse en sueños, a verse asaltado por pesadillas. Como si le dominara una fascinación mórbida por esta afección, había estudiado en profundidad las connotaciones de los vocablos con los que se designaba la dolencia, desde el *incubo* italiano, de evidente sentido demoníaco, al *nightmare* inglés, tan similar al de su francés natal. Siempre había creído que significado y significante guardaban claves ocultas, y en castellano esto se le aparecía con la mayor claridad: *pesadilla* era la definición más diáfana de sus terrores nocturnos. Sin duda los hispanos habían encontrado la palabra clave para designar su dolencia, que inevitablemente se traducía, por muy colorido que fuera el sueño, en una opresión sobre el pecho, un peso muerto, el del incubo que le rendía visita tras el crepúsculo y perturbaba su descanso.

Aquella noche, como cabía esperar a causa del calor y de las fuertes impresiones de la jornada, tuvo malos sueños desde que cerró los ojos. En ellos, los simios de la aldea estaban vestidos con sotanas y casullas, pero, aunque aquello lo llenaba de indignación, no conseguía reunir valor para protestar. *Debo respetar mi voto de obediencia*, pensaba inmerso en la pesadilla, observado

por los ojillos brillantes de los simios; *si la Santa Sede ha decidido ordenarlos, ¿quién soy yo para censurar que vistan los hábitos?*

Sin embargo, a pesar de que se daba buenas razones en la ilógica del sueño, aquella visión le resultaba perturbadora y agobiante. Poco a poco, a medida que más y más monos aparecían vestidos de misioneros, más difícil le resultaba respirar. Al final se dio cuenta de que el motivo era que se seguían encaramando a la basta cruz de madera a pesar de que ya la habían escalado media docena y de que esta sangraba vencida por el peso.

—¡Bajad de ahí! —gritaba en sueños—. Os lo ruego, bajad de la cruz —suplicaba al sentir que, si continuaban así, al final no podría respirar.

Entonces, con la vaga sensación de estar pugnando por emerger de la negrura, François abrió los ojos y tomó una gran bocanada de aire. *Una pesadilla*, se dijo al sentir la opresión en el pecho, su pulso acelerado. *Tan solo un mal sueño, un incubo*, se tranquilizó al vislumbrar la techumbre de cañas trenzadas. *Tomaré un poco el aire y todo irá mejor*, concluyó por fin con un resquicio de esperanza.

Sin embargo, al intentar alzar los brazos, notó una fuerza extraña que lo empujaba inmisericorde hacia el suelo. Se sentía como hundido en el catre, oprimido por las sombras. Intentó levantarse de nuevo y el esfuerzo provocó un sonido áspero, de una roca que se desliza sobre otra roca. Entonces apercibió el reflejo de la luna en unos ojillos vivaces y opacos y el horror tomó forma.

Una docena de monos lo observaba. Los animales permanecían sentados sobre sus cuartos traseros con total seriedad, hieráticos, acomodados en la oscuridad de la choza. Todos en solemne silencio. De improviso, uno de ellos se alzó y colocó otra piedra negra sobre el lecho que ya habían formado sobre el sacerdote. François sintió el peso creciente en su pecho y sucumbió al pánico. Le faltaba la respiración, no podía gritar, no conseguía hinchar su diafragma con el aire suficiente para lanzar una llamada de ayuda.

Con los ojos cuajados en lágrimas, el misionero contempló, sin conseguir recuperar el control de sí mismo, cómo los simios completaban su sepultura, poco a poco, piedra a piedra.

Trabajadores e industriosos.
Implacables.